

EL ORDEN LATINOAMERICANO: CINCO ESCENARIOS*

Joseph Hodara
CEPAL, México

Un lector asiduo de ciertos géneros de la literatura sobre el reciente desarrollo económico y social de Latinoamérica podría rematar en la conclusión de que “aquí no ha pasado nada.” Su aserto descansaría en el examen de algunos problemas y expresiones centrales de la temática regional de los últimos lustros. Ejemplo ilustrativo: la infatigable presencia de restricciones externas e internas que militan en conjunto contra el desarrollo: segmentos de ellas mudaron tal vez énfasis e importancia, pero el escenario, los personajes y el guión permanecen en general sin alteración. Continúan, en otras palabras, las oscilaciones caprichosas del comercio exterior, la fragilidad financiera, la debilidad-ingreso del mercado interior, el subempleo y la pobreza crítica, las rigideces institucionales.

También siguen en pie los grandes cometidos de la política económica y social esbozados en los cincuenta por organismos regionales y gobiernos: la industrialización, la reforma agraria, la racionalización de las intervenciones públicas, el afán integracionista y el remodelado de los nexos internacionales. Más aún, no perdió vigor el juego dialéctico entre la esperanza en un cambio que siempre parece inevitable y la sorprendente plasticidad que muestran las instituciones en boga. Como si el anuncio reiterado de una explosión revolucionaria de las distorsiones acumuladas incrementara la tolerancia del orden dominante.

Por otra parte, algunos observadores suelen opinar que América Latina revela un penoso aislamiento respecto a tendencias y sucesos que animan la escena internacional. Entre ellos: los impulsos radicales de una juventud que se inspira en Marx—Hesse—Zen—Sufismo—Jesús, borrando alegremente límites históricos “convencionales”; la defensa agresiva del medio ambiente, dañado por un crecimiento económico sin rumbo; el despertar del eurocomunismo, en un trasfondo de esquemas teóricos agotados y vivas amenazas de los dos grandes poderes; la simbiosis creciente entre el Este y el Oeste; y los ejercicios futuroológicos—que toman cuerpo en los centros académicos, en comités de trabajo de las Naciones Unidas, y en los organismos de inteligencia militar—sobre lo “imaginable” y lo “inaceptable.”

A los que duden de este inmovilismo pertinaz se les puede gastar una broma ligera. Tómese un escrito producido por aquella literatura dos o tres décadas ha, bórrense la fecha y algunos señalamientos circunstanciales, y ofréz-

*El autor es responsable por las ideas aquí expresadas; de ningún modo comprometen al organismo regional del cual forma parte.

case a la audiencia escéptica. Pronto el texto arrancará elogios por su novedad, precisión y energía, con lo cual se habrá probado bien el curso imperturbable de las cosas, bien la premonición—o la vaguedad—de aquellos textos, bien las fijaciones del lector en un pasado irrecuperable.

Las indicaciones cuantitativas en boga tienden a robustecer esta impresión. El análisis coyuntural pone de relieve como una constante—que reconoce, empero, matices y transitorios altibajos—las señales de un estancamiento crónico—cuando no de un penoso deterioro—de variables distintivas como son: el ingreso per cápita, los términos del intercambio, el balance de pagos, la expansión demográfica, el subempleo, y el bienestar de las mayorías.

Eso no quiere decir que de vez en cuando no irrumpen “buenas noticias” a propósito, verbigracia, de la considerable diversificación productiva, las crecientes exportaciones de manufacturas y el lanzamiento programado de “redes de seguridad.” Pero aquellas noticias y otros hechos vivificantes apenas borran la impresión de que la historia económica reciente de América Latina es una serie de coyunturas parejas, como si estuviera metida en un cuarto de espejos que devuelven y exageran las imágenes de una figura imperturbable y sin tacha.

Una colusión de intereses organizacionales, doctrinarios y clasistas parece sostener el modelo intelectual del inmovilismo; no los abordaremos aquí. Basta indicar que encierran un pesimismo oportunista, cuyas manifestaciones—disparés en origen y contenido—son patentes tanto en la racionalidad ordinaria de la asistencia financiera y técnica internacional como en ciertas posturas que miran el inmovilismo como prueba de la insuficiencia sistémica del capitalismo en general, y del “dependiente,” en particular.

Sin embargo, muchas cosas han acontecido en América Latina en las recientes décadas. Modificaciones estructurales de envergadura que, tal vez, carecen del signo y la intensidad de algunas previsiones, pero que desmienten en todo caso los esquemas del congelamiento histórico. La diferenciación industrial y tecnológica—particularmente de los países de mayor ingreso—presenta mutaciones que el examen excesivamente agregado deja de advertir;¹ también en el Estado han madurado funciones económicas, políticas y simbólicas apenas vislumbradas hace veinticinco años;² y es imposible soslayar las erupciones urbanas y metropolitanas que vienen sacudiendo a todos los países, causando variaciones en la localización de la actividad, el empleo, y el descontento político.

Por otra parte, se vienen ensayando nuevos estilos en la arquitectura socioeconómica y en los núcleos internacionales. Y algunos giros doctrinarios que se materializan en las sociedades industriales tienen amplia resonancia en algunos países del área. La presente internacionalización de la economía y la cultura afecta sustancialmente a la América Latina. Caben reservas: los cambios son ambiguos, heterogéneos, desiguales. Pero no son ilusorios. Involucran una nueva constelación que deja atrás visiones teóricas que todavía se apoyan en el inmovilismo.

Este trabajo no pretende averiguar la génesis ni la faz de estas mutaciones. Tampoco hará hincapié en las insuficiencias de algunos señalamientos doctrinarios. Estos son temas legítimos y apasionantes; pero nuestra mira es selectiva.

Seguiremos deshilvanando un nudo que encaramos en trabajos anteriores:³ la trayectoria probable del orden latinoamericano en las próximas dos décadas, bajo el influjo de factores internacionales e internos, conocidos algunos e inéditos otros.

Para continuar el análisis proponemos dos tesis, a saber: que mucho e importante ha ocurrido en América Latina en las últimas décadas, y que la reflexión sobre ello se ha atascado hondamente. Por fortuna, las estructuras, en contraste con algunas ideas, han revelado plasticidad y cambio. Digámoslo de otra manera: percibimos una dinámica en el conjunto del desarrollo latinoamericano que tiende a sostenerse y a ganar selectividad (por países, áreas de política y problemas); el proceso parece involucrar consecuencias desiguales para la región y para los vínculos externos. Enunciar apreciaciones sobre la matriz y el signo de estas consecuencias, con el auxilio de un esquema que combina en algún grado conocimiento tácito⁴ con imaginación histórico es nuestro propósito. No será éste un empeño riguroso: no puede serlo. Pero tampoco es una pieza de ficción. Algo a mitad de camino, que acaso contribuya a los procesos de aprendizaje de ciertas situaciones que afectan el devenir latinoamericano.

Nuestro escepticismo en relación con algunos enfoques en boga no implica un desgano por el ejercicio teórico. Este es insoslayable. Siguen, por tanto, algunas apreciaciones sobre el universo de discurso, vale decir, la plataforma analítica sobre la cual construiremos algunos escenarios conjeturales del orden latinoamericano. La trayectoria de las ciencias sociales padece en verdad una acumulación discontinua;⁵ con sobrado motivo, en América Latina donde las disciplinas experimentan dosis de represión y negligencia. Pero el desarreglo no es absoluto. Hay dos corrientes interpretativas dominantes que, sabiamente decantadas, podrían causar un giro radical en los paradigmas aceptados. Se trata, de un lado, de las tesis cepalinas sobre el desarrollo latinoamericano y, del otro, de las denominadas "orientaciones críticas" o planteamientos "dependentistas."⁶

En efecto: el desarrollo latinoamericano reciente es indescifrable si no se entienden ambos lenguajes. Señalamientos certeros y frases hechas se expresan y revuelven en ellos. Piénsese en "centro" y "periferia," "términos del intercambio," "vulnerabilidad externa," "industrialización," "insuficiencia dinámica," "absorción espúrea del empleo," que forman parte del código cepalino.⁷ Y en cuanto al de la dependencia: "condicionamiento histórico," "análisis integrado," "praxis," "internacionalización de la economía," "colonialismo interno," "explotación," "autonomía." Se abre aquí por cierto un amplio campo a la sociología del lenguaje socioeconómico latinoamericano. Estas corrientes han enriquecido no sólo la taxonomía de los problemas, sino la visión de los mismos. Si se desechan las versiones vulgares de cada una de ellas se abre la posibilidad de identificar elementos conceptuales válidos en una síntesis que puede aproximarnos a una interpretación sensata del devenir latinoamericano. En este orden de ideas, y con la mira puesta en las intenciones y límites del trabajo, colocaremos el acento en algunas categorías que se derivan de una reinterpretación preliminar de estas corrientes.

Esa reinterpretación lleva a identificar tres ideas compartidas por las tesis cepalinas y los dependentistas. La primera es el *análisis estructural* de la condi-

ción latinoamericana, esto es, la atención a módulos de conducta y relacionamiento relativamente estables y significativos, que escapan—y afectan—a los vaivenes de la coyuntura. El empeño evade lo episódico y circunstancial; hace hincapié en las conexiones de largo impacto que organizan a los hechos.⁸ La segunda es el *relieve de los factores externos*. Ambas interpretaciones han subrayado la perversidad con que actúan los mecanismos del comercio y la cultura respecto a Latinoamérica, aunque difieren en el alcance de y en el remedio al fenómeno. En cualquier caso, son sensibles al significado de las penetraciones desde el exterior, y juzgan que América Latina apenas puede aislarse de ellas, al menos en el mediano plazo. La tercera idea es el *conflicto social* como elemento clave de la dinámica interna. Habría una politización irreversible del sistema económico, de suerte que tanto la calidad del consenso como las modalidades de apropiación y reparto del producto social responden a una pugna de clases y grupos que el Estado a veces sofoca, y a veces arbitra. Estos postulados tienen múltiples matices y ramificaciones; no obstante, así enunciados bastan para encuadrar las categorías de análisis que darán cuerpo a los escenarios.

Las previsiones se apoyan en un modelo, esto es, un cuerpo de premisas y categorías del cual se deducen esas construcciones teórico-empíricas que son los escenarios. De los múltiples atributos que caracterizan a todo modelo⁹ tres nos parecen importantes en nuestro ejercicio. Uno de ellos es la *economía* que alude a la representación de una realidad compleja con un mínimo de elementos conceptuales. Otro es la *pertinencia*, vale decir, el enunciado de situaciones suficientemente significativas para los problemas y preocupaciones del presente. Y, en fin, la *novedad* que implica la anticipación de consideraciones y tendencias ordinariamente no contempladas en ese presente. Especificaremos de seguidas y en forma escueta las premisas y las categorías del modelo analítico. La próxima sección del ensayo hará un examen más amplio y pormenorizado, para los que tienen especial interés en el asunto.

El modelo tiene dos planos. El primero contiene las premisas más generales, que se refieren al análisis estructuralista, al énfasis en la dinámica conflictiva, y al relieve de los factores externos en el desarrollo latinoamericano. Ya hicimos comentarios sobre cada uno de ellos. Combinadas, constituyen el punto de arranque de nuestras indagaciones. El segundo plano consta de ingredientes teórico-empíricos.¹⁰ Se trata de cuatro categorías que entrañan potencialidades y restricciones para cada uno de los actores nacionales del ordenamiento latinoamericano. Una de ellas es el encuadre de los factores que condicionan las posibilidades y comportamiento de largo plazo de los sistemas socioeconómicos; incluye el tamaño geodemográfico, la dotación de recursos físicos de valor económico, el nivel y la especialización del andamiaje infraestructural y productivo, y el peso del sector externo en la formación y estructura del producto. Otra es el grado de eslabonamiento estructural que presentan estos sistemas, merced a enlaces gestados por la vía del producto, el ingreso, la ocupación, y las intervenciones deliberadas del Estado. El grado de amarre y densidad de los enlaces afecta sensiblemente la conducta de los sistemas y le imprime flexibilidad estructural.

La tercera categoría se refiere al costo-beneficio de la adaptación del sis-

tema a cambios perentorios, en la inteligencia de que en este cálculo pesan tanto las configuraciones internas—condicionadas por los factores de encuadre y los enlaces—como el horizonte temporal que comprende. En fin, la constelación externa que encierra las normas y márgenes de tolerancia-rigidez de los centros industriales y, en particular, de los Estados Unidos respecto al desarrollo latinoamericano. Todas estas categorías presentan rangos de variabilidad que de momento serán estimados cualitativamente. Conducen, en cualquier caso, a una diferenciación sustantiva de los actores nacionales en términos de los avances, la estabilidad y, en general, la trayectoria en el desarrollo.

Conviene reiterar: se pretende esbozar situaciones probables en las relaciones interamericanas en un horizonte de veinte años, en función de factores endógenos que admiten un rango de variación. Lo “probable” es ciertamente una medida del juicio—y de los prejuicios—del autor. Y los “factores” toman la forma de categorías requeridas, desde *nuestro ángulo*, por el ejercicio. Los límites de “lo probable” y el significado aquí atribuido a las categorías constituyen nuestro modelo intelectual. En principio puede ser reemplazado por cualquier otro. ¿Cuáles son los componentes de este modelo?

a. *Los factores de encuadre*. Se trata de una variable compleja que tiene antecedentes en la literatura económica. Ordinariamente indica el conjunto de disponibilidades básicas de un sistema económico que afectan su conducta—y particularmente la formación de capital—en el largo plazo. En cierta medida, guarda afinidad con la idea de R. Barre sobre las “estructuras de encuadre,”¹¹ pero en este trabajo se le otorgará un ámbito operacional que incluye cuatro elementos. Primero, la *estructura geodemográfica*, esto es, la extensión territorial, el volumen y la distribución de los agregados poblacionales. Segundo, la posesión de *recursos naturales* que tienen valor—actual y/o potencial—económico. Tercero, el nivel y la especialización relativa del *andamiaje infraestructural y productivo*. Y, en fin, el peso del *sector externo* en la formación y estructura del producto.

Se imponen de inmediato las siguientes aclaraciones: aparte de influir en las secuencias de largo plazo, estos factores encierran elementos y conexiones que sólo un estudio prolijo podría calibrar. Es más, dentro de un cierto período-marco¹² son dinámicos y endógenos a los sistemas, vale decir, están sujetos en principio a las acciones deliberadas de diferentes actores, el Estado entre ellos; así, de datos que conforman el medio paramétrico del sistema pueden convertirse en variables. Finalmente, ponderar cuantitativamente estas estructuras y sus nexos es un ejercicio factible pero complicado; escapa al alcance de este trabajo.

Adviértase que varios de estos componentes han merecido serio estudio en la literatura latinoamericana sobre el desarrollo; pero el énfasis ha sido puesto más en los modelos de funcionamiento económico que en las condiciones de viabilidad, salvo en H. Jaguaribe quien ha atendido en varias ocasiones el tema.¹³ Por otra parte, ninguno de ellos tiene por fuerza un signo (positivo o negativo) respecto al desarrollo. Una dotación geodemográfica considerable, por ejemplo, desempeñará un papel restrictivo y/o estimulante, de acuerdo con el contexto.

b. *Los enlaces*. Para Hirschman los enlaces constituyen “fuerzas genera-

doras de inversión que se ponen en movimiento, a través de las relaciones de insumo-producto, cuando las instalaciones productivas que proveen insumos a esa línea o que utilizan sus productos son inadecuados o inexistentes.”¹⁴ Distingue enlaces físicos (de producción), de consumo (efecto-ingreso), y fiscal (por acción del Estado); también internos y externos por su origen. Estos enlaces se entretajan y amarran en el curso del desarrollo (Hirschman pone acento en la producción básica como punto de partida) para gestar fenómenos aparentemente desiguales como la industrialización, la movilidad espacial, el cambio tecnológico, y la intervención estatal.

Dentro de este paradigma—de índole francamente estructuralista—hacemos hincapié en tres aspectos: el *estado* como principal motor de los enlaces (y no sólo por la vía fiscal); la *densidad social* de los mismos con arreglo a la diferenciación ocupacional (elemento implícito en el esquema hirschmaniano);¹⁵ y los *recursos de informática* que afectan los criterios y la evaluación de las decisiones que incentivan los enlaces. Ahora bien: los enlaces señalan, entre otras cosas, el margen de maniobra relativo de un actor nacional en términos de la dependencia externa, la diversificación productiva e institucional, la absorción del progreso técnico, y las aptitudes del Estado.

De inmediato surgen amarres analíticos entre esta categoría y la anterior. Por ejemplo, una estructura geodemográfica de apreciable magnitud podría, en un primer tramo del desarrollo, limitar el movimiento y la densidad social de los enlaces; pero superados los escollos iniciales, los enlaces en esa estructura tienen *ceteris paribus* un efecto más que proporcional en la viabilidad y sostenimiento del desarrollo.

La diferencia analítica entre esta y la primera categoría es el énfasis en los encadenamientos estructurales y en el plazo. Desde la óptica de los enlaces, interesa el grado de colusión y ramificación en un período relativamente corto, sujeto a oscilaciones regulares e irregulares, incluyendo la iniciativa del Estado. Los factores de encuadre conforman un ambiente para los encadenamientos, y en este contexto experimentan adaptaciones dialécticas en un lapso relativamente amplio. Desde otro punto de vista, puede decirse que los enlaces demandan una *táctica* para la que los desequilibrios *ex ante* son medulares; los factores de encuadre se organizan en una *estrategia* cuyo equilibrio se vislumbra *ex post*.¹⁶ Los enlaces ilustran el carácter abierto de la historia; los factores de encuadre involucran un cierto predeterminismo.

c. La dialéctica de la adaptación. Tarde o temprano, las sociedades deben absorber cambios desiguales en signo y sustancia. Así como ninguna de ellas posee “plasticidad instantánea,” tampoco son absolutamente impermeables. Esta inevitable adaptación involucra un *trade-off* tanto en términos estructurales como para los grupos afectados por el proceso. A veces, fomenta el encadenamiento de enlaces, la movilidad ascendente de grupos, y una organización más funcional de los factores de encuadre. A veces, los impactos son contradictorios y hasta regresivos. Ejemplifiquemos: la industrialización, en cuanto cambio estructural, acometida en un marco de capitalismo dependiente, suele involucrar severos costos en términos de marginalidad agrícola-rural, disparidades regionales, y dependencia tecnológica. Pero es probable que los costos hubieran sido

mayores si, en ese marco, no habría sido emprendida. El cálculo debe tener presente ese balance dentro de un tramo temporal explícito.

Otra ilustración: un cambio sistémico, como el que se produjo en Cuba, entrañó, entre otras cosas, un brusco encuentro entre la añeja violencia institucional y la nueva violencia revolucionaria. El choque implicó costos: pérdida de recursos humanos, destrucción de propiedad, parálisis transitoria de las inversiones y servicios básicos; y una serie de "microcrisis" de ajuste coyuntural. Pero también arrojó beneficios impresionantes: olas de innovación estructural e ideológica, movilidad rápida de estratos secularmente sumergidos, atenuación de discontinuidades sociales y espaciales, firme presencia geopolítica en el escenario hemisférico e internacional.

De aquí varias conclusiones: (a) el cálculo del trade-off de la adaptación no se hará en abstracto; tomará en cuenta consideraciones de lugar y tiempo; (b) la adaptación entraña de ordinario una violencia más o menos selectiva que en el corto plazo afecta negativamente los enlaces conseguidos; a la larga, este costo puede ser neutralizado por giros constructivos tanto en los eslabonamientos como en los factores de encuadre; (c) el balance final dependerá apreciablemente de la actitud que un centro hegemónico externo tome respecto a la adaptación estructural de un particular actor (o país) latinoamericano.

Estos enunciados parecen excesivamente abstractos y quizá oscuros. Un ejemplo más acaso arroje luz. Supongamos un país "X" de pobre encuadramiento y escasos enlaces. Un favorable conjunto de factores induce una adaptación estructural que entraña el desplazamiento de grupos tradicionalmente dominantes. "X" encara un dilema: ¿qué hacer con ellos? Destruirlos físicamente es una de las alternativas; otra es re-educarlos; y la tercera es convenir y facilitar su salida hacia el exterior. El curso que "X" escoja tendrá implicaciones en la estructuración de enlaces y, a más largo plazo, en los factores de encuadre. Está implícito en este razonamiento que para un país "Y" donde los factores de encuadre han facilitado el logro de ramificados enlaces, la adaptación estructural tendría un trade-off muy diferente. Estas ideas cristalizarán en el esbozo de algunos escenarios.

d. La constelación externa. Hasta el momento hemos hecho uso de las dos premisas que confluyen de una reinterpretación de las tesis de la CEPAL y de la dependencia. Se trata, de un lado, del análisis estructuralista que inspira las dos primeras categorías aquí acuñadas; y, del otro, la atención a los conflictos que subyacen en la idea del movimiento estructural y en la dialéctica de la adaptación. Ahora apelaremos a la tercera premisa: el relieve de las intenciones externas.

Insinuamos que de ordinario se arguye que los mecanismos de contacto e influjo entre el sistema latinoamericano y los centros avanzados son perversos (en código se manifiestan por "deterioro de los términos del intercambio," "apropiación del excedente," "dominación," "desarrollo imitativo"); pero las corrientes interpretativas discrepan—en matiz y en sustancia—acerca del alcance de esa perversidad. Así, algunos concilian la crítica acerba a esos mecanismos con la esperanza histórica en la perfectibilidad del sistema capitalista.¹⁷ Es obvio

que alguna variante de esta conciliación subyace en la racionalidad ordinaria de la cooperación internacional, en la presente filosofía de la UNCTAD, y aún en el debate sobre el nuevo orden internacional. Para otros, sin embargo, la perversidad es absoluta: tanto los mecanismos como el sistema deben ser condenados. De aquí la demanda de una fractura revolucionaria con el centro hegemónico; en lugar de la *esperanza* histórica como base del diálogo gravita la *angustia* histórica como acicate al decoplamiento en relación al sistema capitalista dominante.

Estas dos variantes nos parecen inadecuadas, pues soslayan la posibilidad de mutaciones estructurales en los centros. Hacen depender las acciones latinoamericanas de una visión binaria (la perfectibilidad-rigidez de los centros) que mal corresponde a las múltiples posibilidades que pueden revelar los centros al calor de las transformaciones radicales que éstos han experimentado en las últimas décadas.¹⁸ Juzgamos que nuevas consideraciones tienden a presidir la conducta de los centros, consideraciones que tienen tres vertientes: (a) las nuevas modalidades en la división inter-industrial del trabajo, en los intercambios con las economías socialistas avanzadas, y en los recursos cibernéticos de los que hoy disponen los centros; (b) los cálculos de seguridad sistémica crecientemente compartidos por las sociedades industriales, que se traducen en la resistencia a conductas especulativas (fijación de “techos tecnológicos” en el comercio de armas, por ejemplo) que pondrían en entredicho el avance de aquéllas; (c) las visiones de largo plazo que han tomado ímpetu con la ascendente preocupación por la finitud de los recursos materiales y por las ambigüedades del progreso tecnológico.¹⁹ Sugerimos que estos tres órdenes de factores abren un abanico de posibilidades inéditas para la conducta de los centros. En algunos casos, implicará nuevos tipos de rigidez; pero en otros, una serie de transmutaciones apenas sospechadas.

Primer escenario: la comunidad de destino. Diversos intereses políticos, institucionales y emocionales confluyen en este escenario. Se trata de la concepción de América Latina como una unidad histórica, a salvo de fuerzas centrifugales, que pone en pie de igualdad a todos sus miembros soberanos. Domina aquí las imagen del desarrollo como “procesión”:²⁰ unos actores siguen a los otros conforme a un drama y a un guión en esencia similares. La filosofía de la historia de este escenario²¹ tiene amplio respaldo y expresión en algunos pensadores.²² Subraya la semejante matriz cultural de todos los países del área, un rasgo que las experiencias modernas en el desarrollo habrían consolidado.

Dicho en otras palabras, existe una comunidad latinoamericana que emana de tres géneros de factores: los histórico-culturales que suministran elementos empíricos y metaempíricos de acercamiento; las afinidades estructurales determinadas por un crecimiento económico en un marco compartido de capitalismo dependiente;²³ y la voluntad pública y declarada de los gobiernos en favor de esa unidad. Se combinan así en un solo haz una filosofía de la historia, las conclusiones de un diagnóstico socioeconómico, y le prevaleciente modo de discurso hemisférico. El escenario describe un orden latinoamericano naturalmente solidario y cooperativo. Los diferendos entre países—que raramente se suscitarían—son superficiales y episódicos; cuando tienen alguna importancia, son

negociables; e inevitablemente surgen de un malentendido o de una maquinación extraña. Los impulsos que gobiernan el hoy y el mañana de la región son indefectiblemente constructivos.

¿Como responde este escenario a las categorías analíticas que hemos sugerido? Desecha, en primer lugar, el significado sustantivo de una dotación desigual de los factores de encuadre; así, las diferencias iniciales entre Brasil y El Salvador, por ejemplo, no son cualitativas: el largo plazo y el desarrollo compartido habrán de cancelarlas. Con apego a esta lógica se suelen sugerir a las economías de menor desarrollo prescripciones de política que fueron adecuadas para los relativamente avanzados. En cualquier caso, el escenario supone que mediante la integración económica los países de inferior ingreso habrán de compensar las insuficiencias de escala y la excesiva apertura hacia el exterior.

En cuanto a la urdimbre de los enlaces, reconoce las discrepancias entre países, pero las atribuye a un accidente histórico (“empezaron antes”), natural (“tienen petróleo”), o institucional (“la inestabilidad”) incapaz de generar brechas entre países hermanados por la herencia cultural y la condición del subdesarrollo. En tercer lugar, entiende la dialéctica de las adaptaciones estructurales en términos genéricos. *Todos* los países habrán de experimentar la como una demanda del desarrollo ascendente. Habrán tal vez lamentables episodios de represión y violencia, pero la resultante será, desde el ángulo de la comunidad hemisférica, centripetal.

También el juicio sobre el centro y sus mecanismos de contacto e intervención es genérico. Bien *todos* los actores (o países) deben actuar de consumo para remediar sus fallas estructurales y perfeccionar sus logros, bien *todos* deben pensar en un rompimiento insurgente que modifique los nexos seculares de inserción y participación en el sistema internacional. La homogeneidad del ordenamiento latinoamericano se robustecería con estas presiones concertadas e, inclusive, con las compartidas convulsiones.

Esta escena de coexistencia equitativa y solidaria está avalada por el deseo común de “alcanzar metas de desarrollo significativamente más altas que en el pasado y de difundir más equitativamente sus beneficios.”²⁴ Ciertamente, el ascenso mancomunado hacia y en favor del desarrollo no será suave ni libre de escollos. Pero el establecimiento de un nuevo orden internacional—que surgiría merced a acciones concertadas de las periferias—y los impulsos unitarios de la región auxiliarán decisivamente en la marcha. Una aclaración: al igual que para el resto de los otros escenarios, nos eximiremos de juicios evaluativos sobre el que se ha presentado. La atención a otros no significa ciertamente el rechazo de éste. Sin embargo, reiteramos que ponderados cálculos institucionales y fuertes emociones presiden este escenario; para unos y otras, ponerlo en duda implica abrir una caja de Pandora. Pero es controvertible la sabiduría del aserto.

Segundo escenario: la alianza de los grandes y los débiles. Cierta inspiración para esta escena proviene de dos fuentes que, empero, no son responsables de la misma: un ensayo de C. Lafer y un documento reciente de la CEPAL.²⁵ Este escenario comparte plenamente la filosofía de la historia latinoamericana del anterior; también la concepción acerca de los centros. Pero extrae conclusiones desiguales del diagnóstico sobre el panorama socioeconómico y sus perspectivas.

Pueden resumirse en varias premisas concatenadas: (a) se están gestando brechas²⁶ (en la capacidad productiva, en el ingreso, en la continuidad institucional, en la aptitud para negociar con el exterior) entre los países latinoamericanos, brechas que tienden a dilatarse con el tiempo;²⁷ (b) el fenómeno involucra diferencias cualitativas en la viabilidad de largo plazo de cada uno de ellos; (c) sin embargo, considerando las firmes restricciones externas, ninguno de ellos tiene posibilidad cierta de sostener por separado el desarrollo; (d) se debe, por consiguiente, crear una Alianza—término de C. Lafer—“fundada en intereses comunes en la manifestación conjunta de inconformidad con la actual distribución internacional de recursos.” Se trata de una resistencia al *status quo*, cuyo abatimiento sin embargo no se desea.

Desde cierto ángulo, esta filosofía ya cristaliza en el SELA. Trátase de consolidar la unión latinoamericana de los económicamente fuertes y débiles, a fin de negociar un orden internacional que difunda beneficios más equitativamente. La negociación no se limitará a los medios diplomáticos convencionales; se habría acumulado en la región suficiente experiencia internacional para comprender que las gestiones deben combinar dosis de persuasión y amenaza.²⁹ Dice Lafer: “La dinámica de la confrontación requiere, para ser alterada en favor de América Latina, un poder positivo, o sea, la capacidad de conseguir de los países desarrollados nuevas pautas de conducta.”³⁰ “Estas acciones deberán descansar en el consenso y la reciprocidad; sin embargo, cabe a los países mayores . . . entre los cuales se encuentran Argentina, México, y Brasil, y tal vez ahora Venezuela en virtud de la crisis de petróleo, crear condiciones para que los demás participantes encuentren en la Alianza esta reciprocidad generalizada.”³¹

En nuestro lenguaje diremos que este escenario pone de relieve las asimetrías estructurales que nacen del encuadre y de una red de enlaces desiguales, entre los que destacan la aptitud informativa. Esto es, los países latinoamericanos económicamente avanzados (Brasil, México, Argentina) pueden “divisar,” con mayor holgura, qué está aconteciendo en el panorama internacional, y reinterpretar los datos para fundar sobre ellos un gran entendimiento regional.

Pero las asimetrías no deben conducir a un rompimiento de la unidad. El substratum histórico es fuerte, aparte de constituir un recurso táctico en el diálogo internacional. Para Imaz no hay contradicción alguna entre el liderazgo de los grandes y el desarrollo del conjunto. En sus términos: “La Argentina nació liberando pueblos. La Argentina va a cerrar su ciclo como entidad soberana integrando pueblos.”³² Si esta Alianza no se logra los plazos prescriptivos para un desarrollo autónomo habrán llegado al fin. En esas circunstancias la hegemonía del centro será ejercida sin cortapisas, con excepción de algunos países de superior dotación.³³

Tercer escenario: ascenso individual de los grandes, segregación compartida de los débiles. Este y el siguiente escenario no tienen origen intelectual reconocible: nadie quiere hacerse cargo de ellos. Son criaturas “perversas” que puede gestar el devenir latinoamericano. Sin embargo, algunos retazos del modelo subyacente—que no involucran la plena identificación con éste—pueden encontrarse en aportes de H. Jaguaribe y de Imaz.³⁴ Este escenario duda de la validez histórica y operativa de la unidad panlatinoamericana; desconfía de las declara-

ciones públicas de los gobiernos sobre el asunto; y coloca el acento, desde el ángulo de los países mayores, en las implicaciones estratégicas de las asimetrías nacionales. En cuanto al centro hegemónico (USA), postula que se debe negociar y competir con éste en los términos económicos y disuasivos familiares a las sociedades avanzadas. "Para ser escuchados—cuando menos—necesitamos una estructura a la altura de los interlocutores."³⁵

Decimos que para este escenario los rasgos comunes de América Latina tienen peso particularmente en el campo cultural; en este orden de ideas también Europa es unitaria. Pero la historia de nuestros países habría transcurrido en compartimentos relativamente cerrados, con pobres ligas económicas. Los empeños de integración regional han logrado frutos modestos; experimentan una crisis crónica que—para este escenario—sería una evidencia adicional de la inoperatividad del substractum cultural común y de la presencia desafortunada de pugnas parroquiales. Por lo demás, existe "una falta de empatía de buena parte de la población hacia la integración latinoamericana."³⁶

Las declaraciones públicas tienen, de otra parte, efectos limitados. En este rasgo no difiere de la historia diplomática documentada en otras latitudes. Es más, la retórica dominante sobre la unidad regional es un acto ritual, que mal corresponde a los modos de pensar y actuar de las cancillerías que han alcanzado madurez y profesionalismo. Pero el meollo central es la discrepancia de poder entre los países. Algunos, "como son los de América Central y del Caribe . . . [no tienen] viabilidad nacional";³⁷ corresponde a otros por tanto iniciar un proceso que en el mejor de los casos llevaría a un desarrollo autónomo. "Dada la posición excéntrica de México en relación con el sistema latinoamericano, todo indica que el centro dinámico más adecuado para impulsar el proceso [de autonomía] sería formado por el eje Argentina-Brasil, incorporando, tan pronto como fuera posible, a Chile y a Uruguay."³⁸

Aparte de los factores de encuadre—a los que vagamente se alude indicando la dotación considerable de "recursos naturales y humanos" de México, Brasil, y Argentina³⁹—se pone de relieve el motor principal de los enlaces en estos países, vale decir, el Estado que ha cristalizado un proyecto nacional, y en particular: "parece claro que el dispositivo clave de la transformación del régimen de poder en América Latina no puede ser otro que el que ya detentan actualmente: las fuerzas armadas."⁴⁰ Jaguaribe presenta varias opciones en la conducta de los Estados Unidos y en el curso del desarrollo latinoamericano. Este escenario toma—con sus propios términos—algunas de ellas.

La viabilidad desigual implica que sólo los "tres grandes" pueden ascender económica y políticamente; y el ascenso habrá de producirse en el marco capitalista por consideraciones internas y externas. Respecto a las primeras: estas naciones han logrado semimadurez industrial y tecnológica y alta densidad en los enlaces, y constan de estructuras políticas razonablemente articuladas.⁴¹ De aquí que el balance de un cambio sistémico se inclinara decididamente hacia los costos; las pautas dominantes habrían difundido hábitos de organización y consumo que resistirían con tenacidad ese tipo de cambio. Por otra parte, el sistema capitalista permitiría una libertad de juego político y económico—aparte de sus ventajas comparativas en el campo militar y tecnológico—que se

restringiría severamente con el tránsito hacia otro sistema. El centro hegemónico (USA) habrá de reconocer, tarde o temprano, la importancia comercial y estratégica de los tres grandes, y sugerirá una "relación madura."

No será este el curso de los económicamente débiles. Su marcado estancamiento, la decreciente importancia que tienen en los cálculos globales del núcleo norteamericano, y los costos que para éste (recuérdese el peso que ya adquieren desde su óptica las apreciaciones de largo plazo y la "seguridad sistémica") implicaría el desarrollo siempre insatisfactorio y deficitario de los países menores, conducen a que la segregación deliberada sea una óptima elección. No para los países mismos, ciertamente; para ellos entrañará un inmovilismo autoritario, socialmente regresivo, o "transiciones" que nunca acaban.

Un comentario más sobre la desconfianza que destila este escenario sobre la Alianza esbozada en el anterior. Le parece un juego equívoco y, en última instancia, innecesario. Por tres razones: (a) los países pequeños—por frágiles e inmaduros—no concederán facultades negociadoras a los grandes; (b) si las conceden voluntariamente, es probable que "los grandes" deberán encarar reproches constantes de "ascendiente imperial," lo cual, aparte de lastimar la legitimidad de la Alianza, podría inducir a desertiones cuando la unidad más se requiriera; (c) considerando la lógica decisional de los centros (y en especial de USA), es probable que pactos bilaterales con ellos, acompañados por un sostenido crecimiento de la economía, sea para "los grandes" de la región más beneficioso en el largo plazo que cualquier frente multilateral.⁴²

Cuarto escenario: la transacción desigual entre los grandes y los débiles. Se trata de una versión activista del modelo intelectual que guía el escenario anterior. La fe en la unidad latinoamericana se desvanece bruscamente; la región se convierte en objeto de esferas de influencia. Las brechas, que hasta aquí han tenido significado económico y tecnológico, toman desde ahora un giro militar o, al menos, geopolítico. Las naciones de menor desarrollo empiezan a captar la racionalidad de "los balances de poder" y de los impulsos imperiales. La preeminencia del costo de la transformación—válida, según el escenario precedente, para los de mayor desarrollo relativo—se extiende también a los débiles, por tres consideraciones. En primer lugar, la segregación de los países menores implica un costo de oportunidad desde el ángulo de las posibilidades comerciales que los "grandes" pueden aprovechar mediante los mecanismos conocidos del "intercambio desigual"; desde este ángulo es más útil, por consiguiente, insertarlos selectivamente en el marco de esferas de influencia. En segundo lugar, la segregación puede conducir a conatos insurgentes e incluso revolucionarios; los "grandes" encaran así riesgos de "contagio." Y tercero, la fijación de esferas es consistente con la acumulación de poder disuasivo a que los "grandes" latinoamericanos aspiran.

El establecimiento de estas esferas de influencia podría ir de la mano con crecientes rivalidades entre los países de mayor ascendiente; pero también cabe anticipar la celebración de entendimientos entre ellos. En cuanto a los nexos "patrón-cliente" que se forjarían, es probable que tomen la forma de una influencia no coercitiva, que involucre beneficios para los sectores dominantes de los países débiles.⁴³ Por añadidura, esos nexos facilitarían la negociación con los

Estados Unidos. Así esbozado, este escenario representa una áspera contrapartida al primero; niega absolutamente las premisas de una solidaridad continental y de un desarrollo compartido, e introduce “hechos de poder” en un panorama que, superficialmente al menos, parecía ajeno a ellos.

Quinto escenario: el ascenso capitalista de los grandes y el socialismo desarrollista de los débiles. En este marco cambian sustancialmente los términos de organización interna y de relacionamiento con el exterior de los países de menor desarrollo relativo. Se trata de un viraje causado por dos convicciones que toman cuerpo en estos países: (a) que cualquier estilo de desarrollo—incluyendo la integración económica—en la matriz capitalista será insuficiente para resolver las restricciones estructurales; (b) que la adopción y ajuste de algunas fórmulas de la vertiente socialista mejora las perspectivas de largo plazo e inclusive sienta bases para una nueva pauta de unidad latinoamericana.

Veamos la primera tesis. El encuadre de factores condiciona el “techo” al cual un país puede aspirar en su desarrollo; mas no absolutamente. Los componentes pueden mudar significado y peso si se organizan de otra manera. En un contexto capitalista, debido tanto a la acumulación secular y simultánea de problemas como a los esquemas internos de dominación, el juego con los factores de encuadre—e inclusive con los enlaces—es limitado. También el centro hegemónico (USA) actúa como factor restrictivo.

De aquí la segunda tesis. La única esperanza de estos países para superar una condición de estancamiento y marginalidad que amenaza ser irreversible es cristalizar un vuelco revolucionario con las siguientes características: nacionalismo cultural, liderazgo carismático, movilización activa de las masas, reorganización de la propiedad y el poder, y robustecimiento—sobre nuevas bases—de la actividad primaria.⁴⁴ Lo llamamos “socialismo desarrollista”⁴⁵ por dos razones. Primero, porque probablemente no tomaría características semejantes a las versiones cubana, soviética o china del socialismo; las condiciones iniciales en punto a acumulación de capital, incremento demográfico, fragilidad de la infraestructura y de los servicios públicos restringirán las posibilidades y los logros en materia social. Y la segunda: el viraje no afectará sensiblemente los nexos geopolíticos con la potencia hegemónica, ni la ayuda que ésta seguiría ofreciendo a los países en transformación. Se produciría, desde su punto de mira, una compatibilización entre la importancia económica decreciente de estos países y el necesario control sistémico. El vuelco revolucionario no implicaría costos en términos del abastecimiento fluido de importaciones; y el efecto combinado de la *detente*, la convergencia post-industrial de las sociedades avanzadas y las filosofías dominantes sobre el crecimiento “selectivo” y “orgánico” reforzarían el control del sistema.

Por otra parte, el centro aplicaría medidas de corto plazo (compensaciones a transnacionales y diversión del comercio) para atenuar la pérdida relativa de exportaciones hacia los países; la experiencia histórica de los últimos años fundamentarán la racionalidad de las medidas. Es obvio, por los demás, que la coexistencia tolerada de regímenes involucraría un balance de poder acaso más apetecible para los Estados Unidos que el escenario anterior.

¿Cuáles serían las actitudes de las naciones latinoamericanas de superior

encuadre? Gravitarian en ellas consideraciones contradictorias.⁴⁶ Un viraje revolucionario de los países de menor desarrollo tal vez fortalecería a largo plazo la unidad regional, aunque en el corto habrían fricciones y reacomodos. Desde este ángulo, sería compatible con los postulados del primer y segundo escenario. Por lo demás, el viraje es preferible a la segregación: ésta no arroja beneficios comerciales ni tácticos para los “grandes,” y es probable que implique el desplazamiento constante hacia ellos de elementos descontentos. En cuanto a la relación anhelada (cuarto escenario) patrón-cliente, puede involucrar costos financieros y políticos que apenas compensen la sensación imperial; por añadidura, el tipo de socialismo vislumbrado, debido a su distancia geopolítica de los centros socialistas, requerirá de un auxilio que puede entrañar formas sutiles de influencia.

Falta referirnos a una categoría analítica: la dialéctica de la transformación. La debilidad de alternativas históricas constructivas en los países de inferior encuadre y desarrollo determina el beneficio de largo plazo de un viraje estructural: la actuación más dinámica y selectiva del Estado, el aprovechamiento de las capacidades hoy subutilizadas del capital físico y humano, y el entusiasmo colectivo que se nutriría de las efervescencias del cambio, de la esperanzada movilidad de sectores tradicionalmente sumergidos, y de un liderazgo carismático. En el corto plazo, cabe esperar costos en la forma de destrucción de capital humano y físico y el desplazamiento de grupos inadaptables. Estos costos podrían ser pequeños, si el centro hegemónico (USA) insinuara de antemano su actitud no intervencionista e, incluso, organizara preparativos de éxodo selectivo similares a los que se vislumbran para el caso de Rodesia.

Este escenario es aparentemente el más anti-histórico de todos: rompe en tres aspectos con las tendencias y hábitos mentales conocidos. El primero se refiere a las resistencias obstinadas de los grupos dominantes en los países económicamente pequeños a cualquier viraje que amenace sus intereses tradicionales; la resistencia ha tenido éxito en anteriores circunstancias. El segundo alude a la actitud de países latinoamericanos económicamente dotados, que han desconfiado en general de cualquier vuelco revolucionario en los vecinos. Y, en fin, la postura tradicional de los Estados Unidos que ha desalentado iniciativas que presumiblemente afectan sus intereses regionales.⁴⁷

Estas consideraciones tienen el respaldo del *dejà-vu*. Sin embargo, la historia no es un mosaico homogéneo y continuo; muestra quiebres y sinuosidades que se presentan de ordinario intempestivamente, pero con una lógica que *ex post* despunta con transparencia.

Acaso no será reiterativo decir que estos escenarios constituyen construcciones teórico-empíricas cuyo cometido es sensibilizar tanto a sectores como a observadores del orden latinoamericano sobre las posibilidades estructurales de su devenir. No es un trabajo exhaustivo ni riguroso; es un anticipo de la necesaria reflexión prospectiva. Algunos términos parecerán oscuros; hay temas—como el caso particular de los países “intermedios”—que apenas fueron rozados; y los fundamentos de ciertas hipótesis aún deben ser enunciados con esmero.

Establecer que el devenir latinoamericano no es ni un rompecabezas pre-

determinado ni un laberinto sin salidas fue objetivo central de este trabajo. También se propuso insinuar el doble efecto maligno de las urgencias del corto plazo. De un lado, corroen los valores y los objetivos finales del desarrollo; del otro, inducen a un marco de reacciones que mal corresponde a la lógica y al contenido de las circunstancias por venir. Obviamente, no es lo mismo atisbar el horizonte desde la cresta de las olas que desde abajo de ellas.

Esperamos que otros puntos de mira y otros juicios, sin superar las tenaces paradojas de la epistemología histórica ("sabemos lo que queremos saber, y los que llegamos a saber altera lo que queríamos"), complementen este ejercicio o bien lo invaliden como una impertinente especulación.

NOTAS

1. Véase ejemplos en CEPAL, "Desarrollo, industrialización y comercio exterior," *Cuadernos 13-14* (Santiago de Chile, 1977), y "Tendencias y proyecciones a largo plazo del desarrollo económico de América Latina," E/CEPAL/1027 (3 de marzo 1977).
2. Véase la monografía de L. Meyer, "La encrucijada," en *Historia general de México*, tomo 4 (México: El Colegio de México, 1976).
3. Entre otros, "La coyuntura internacional: cuatro visiones," *Estudios Internacionales*, no. 31 (julio-septiembre 1975); "Prospectiva y subdesarrollo," *Economía y Demografía* 10, no. 1 (1976); y "Los límites del crecimiento y el orden latinoamericano," CEPAL/MEX/Borrador/SDS/77/1 (marzo 1977).
4. La indagación de los futuros probables entraña paradojas. Una de ellas bordea la epistemología: anticipar y describir situaciones inéditas con términos anclados en el pasado o en el presente. Habría necesidad de crear un código que corresponda a esas previsiones; tarea en verdad laboriosa. De aquí el sostén en el "conocimiento tácito," esto es, la taxonomía, los datos y los juicios que una comunidad de investigadores comparte dentro de ciertos límites, y que constituyen una suerte de lenguaje común (siempre insuficiente) para comprender lo que suele escaparse del común sentido.
5. De ahí que, en opinión de T. Kuhn, las ciencias sociales carezcan de un paradigma; experimentan, sin embargo, procesos de decantación aunque menos articulados que el de las ciencias naturales. Véase al respecto D. Crane, *Invisible Colleges* (Chicago, Ill.: University of Chicago Press, 1972), pp. 85ss.
6. Sobre ellos véase la inteligente presentación de A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo* (México: Siglo XXI, 1976), primera parte, cap. 3. Adviértase que estas corrientes aluden al desarrollo global de América Latina; difieren de las dos interpretaciones de política económica que J. Serra apunta, en "El estilo de desarrollo reciente de la América Latina," *El Trimestre Económico* 44 (2), no. 174 (abril-junio 1977).
7. La interpretación precisa de este código aún debe acometerse. Véase C. R. Bath y D. James, "Dependency Analysis of Latin America," *LARR* 11, no. 3 (1976), y O. Rodríguez, "Sobre la concepción del sistema centro-periferia," *Revista de la CEPAL*, primer semestre 1977.
8. Al respecto véase el prefacio de A. Pinto al texto de A. Barros de Castro y C. F. Lessa, *Introducción a la economía* (México: Siglo XXI, 1976).
9. K. W. Deutsch, *The Nerves of Government* (New York: The Free Press, 1966), pp. 16ss.
10. Estos ingredientes constituyen el rasgo distintivo de todo modelo, en contraste con las teorías que son construcciones puramente deductivas. Véase C. Dagum y E. Bee Dagum, "The Meaning of Theory and Model in Social Sciences," University of Iowa Working Paper Series 72-9 (May 1972), pp. 25-26.
11. R. Barre, *Economía política* (Barcelona: Ed. Ariel, 1971), pp. 170ss.
12. Se trata de una abstracción que alude a "acontecimientos en el interior del sistema del

- economista." Véase A. Marchal, *Estructuras y sistemas económicos* (Barcelona: Ed. Ariel, 1961), p. 61.
13. H. Jaguaribe, "La América Latina ante el siglo XXI," *El Trimestre Económico* 41 (2), no. 162 (abril-junio 1974). Como se sabe, este autor exploró los "requisitos de sobrevivencia" de los países latinoamericanos, concluyendo que "con la parcial excepción de Brasil, ningún país latinoamericano tiene aisladamente condiciones de autonomía, de materias primas, de ciencia y de tecnología, de mercado, de integración social y de poder de disuasión" (p. 435).
 14. A. O. Hirschman, "Enfoque generalizado del desarrollo por medio de enlaces, con referencia especial a los productos básicos," *El Trimestre Económico* 44 (1), no. 173 (enero-marzo 1977), p. 204.
 15. Los enlaces ocupacionales indican los efectos sociales de la diversificación productiva y la concentración espacial. También dan una idea de los procesos de burocratización y estratificación. Véase al respecto C. Geneletti, "Social Modernization, Economic Development, and the Size of the Middle Class," CEPAL/DRAFT/DS/152 (diciembre 1976).
 16. Advértase la afinidad entre estos contrastes y el planteamiento de Marchal, *Estructuras*, pp. 69ss, sobre el papel del tiempo en la conducta estructural.
 17. Algunas alusiones al respecto se encontrarán en F. H. Cardoso, "El consumo de la teoría de la dependencia en los Estados Unidos," *El Trimestre Económico* 44 (1), no. 173 (enero-marzo 1977). Este ensayo también es útil como balance autocrítico de la "dependencia." Rev. version in English appeared in LARR 12, no. 3 (1977).
 18. El examen de estas transformaciones, desde el ángulo del desarrollo periférico, tropieza con escollos. Primero, por debilidad de la perspectiva histórica; segundo, por la brecha perceptual que afecta al subdesarrollo (véase nuestro escrito sobre "los límites," en la nota 3); y, en fin, porque la ideología profesada por los centros bloquea el reconocimiento cognitivo de los cambios, esto es, aceptarlos explícitamente implicaría una rectificación conflictiva de la ideología dominante. Este último aserto se inspira en las apreciaciones de G. Myrdal sobre la "planificación económica" en Occidente. Véase su *El estado del futuro* (México: FCE, 1961), pp. 31ss. También es pertinente el ensayo de D. Bell, "The Future World Disorder," *Foreign Policy* 27 (Summer 1977), que pone énfasis en las transformaciones del sistema capitalista.
 19. Estas visiones son coherentes con el establecimiento de un nuevo orden internacional que establece normas precisas y legítimas en los nexos entre el Norte y el Sur. Ambos tienen perentoria necesidad de ese orden, no sólo por las razones que públicamente se aducen; también por otras relacionadas con el "control sistémico." Véase al respecto T. Smith, "Changing Configurations of Power in North-South Relations since 1945," *International Organization* 31, no. 1 (Winter 1977). Y también el segundo informe de S. Linowitz, *The United States and Latin America: Next Steps* (Washington, D.C., December 1976), en particular las referencias a Cuba y a la proliferación nuclear en el hemisferio. Para una versión institucionalista de estas corrientes véase P. de Seynes, "La controversia sobre 'los futuros' en las Naciones Unidas," *Revista de la CEPAL* (primer semestre de 1977).
 20. Trasladamos esta imagen de M. Wolfe, del contexto teórico e internacional al empírico y latinoamericano. Véase *El desarrollo esquivo* (México: FCE, 1976).
 21. Advértase que distinguimos entre el modelo intelectual de la construcción de escenarios—al cual corresponden las premisas y categorías reseñadas—y el modelo intelectual de cada escenario, que es una forma de respuesta a esas premisas y categorías.
 22. Por ejemplo, A. Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano* (México: Siglo XXI, 1974).
 23. Con excepción de Cuba, aunque en la óptica de este escenario su rompimiento con el sistema capitalista no involucró un divorcio cultural de América Latina.
 24. Resolución 310 (XIV) sobre "La estrategia internacional de desarrollo," CEPAL (mayo 1971).

25. C. Lafer, "Una redefinición del orden mundial y la Alianza Latinoamericana: perspectivas y posibilidades," *Estudios Internacionales*, año 8, no. 31 (julio-septiembre 1975); y CEPAL, "El desarrollo económico y social y las relaciones externas de América Latina," E/CEPAL/1024 (15 de marzo 1977).
26. El modelo de este escenario no ofrece consenso sobre la génesis de estas brechas. Algunas veces apunta vagamente a la "magnitud de los mercados"; otras a la posesión de recursos naturales (mineros, principalmente) y, en fin, al volumen de intervenciones felices del estado en el manejo de la economía.
27. Por ejemplo, los países calificados de "menor desarrollo relativo" (16 en total) representaban en 1960 el 12.0 del producto regional; en 1973, el porcentaje cae a 10.6. Por otra parte, las exportaciones de manufacturas de éstos constituían, en 1965, el 26% del total; en 1973 se reducen al 12%. Véase CEPAL, "La industrialización de los países de menor desarrollo relativo," ST/CEPAL/Conf. 51/L. 3 (octubre 1974), y CEPAL, "Las exportaciones de manufacturas y la industrialización de América Latina," Documento Informativo No. 3, Conferencia Latinoamericana de Industrialización, México, noviembre 1974.
28. Lafer, "Una redefinición," p. 53.
29. La "amenaza" debe entenderse como un recurso legítimo de negociación; puede oscilar entre el cierre de importaciones estratégicas para los centros a la formación de una *Force de Frappe*. Véase Jaguaribe, "La América Latina," p. 438.
30. Id.
31. Id., p. 57.
32. J. L. Imaz, *Nosotros, mañana* (Buenos Aires: Eudeba, 1968), p. 83.
33. Según Jaguaribe, "en virtud de sus dimensiones continentales Brasil podría, en términos económicos, emprender aisladamente su desarrollo." Véase su "Dependencia y autonomía en América Latina," en *Dependencia político-económica de América Latina* (México: Siglo XXI, 1969), p. 73.
34. Citados en notas anteriores.
35. Imaz, *Nosotros*, p. 86; en cuanto a la capacidad de disuasión, Jaguaribe vacila si ésta debe alcanzarse con artefactos nucleares o no. Compárese en "La América Latina," pp. 433 y 438.
36. Imaz, *Nosotros*, p. 108.
37. Jaguaribe, "Dependencia," p. 72. "En el caso de Cuba . . . la falta de viabilidad nacional, aisladamente, con insuficiente masa de recursos naturales y humanos, mantiene, con cualquier régimen, su carácter dependiente," Jaguaribe, "La América Latina," p. 425. No compartimos este juicio. Cuba parece haber encontrado compensaciones funcionales—vía enlaces—a las insuficiencias de encuadre.
38. Jaguaribe, "Dependencia," p. 74.
39. Id.
40. Id., p. 75.
41. Dice Imaz con buena dosis de optimismo: "A la inversa de Gabón, en la Argentina no puede ensayarse cualquier aventura política," *Nosotros*, p. 51.
42. Esta consideración tiene algún respaldo en R. Hansen, "Relaciones económicas entre los Estados Unidos y América Latina," *Estudios Internacionales*, año VII, no. 31 (julio-septiembre 1975).
43. Esta configuración tiene amplios antecedentes en la experiencia histórica. Véase K. Knorr, *The Power of Nations* (New York: Basic Books, 1975), pp. 24ss.
44. M. Wolfe anticipa estos probables atributos para el caso de algunos "mini-estados" del Caribe. Podrían tener aplicación más general, sin embargo. Véase su "The Concrete Utopias and Their Confrontation with the World of Today," ECLA/DRAFT/DS/134 (January 1976), p. 37.
45. El término pertenece a Jaguaribe, si bien lo usó en otro contexto.
46. Dígase de paso que el probable *raprochement* entre Estados Unidos y Cuba tendrá en América Latina proyecciones no menos importantes que las que tuvo en su momento

la insurgencia revolucionaria en la isla. Será un acontecimiento traumático para las derechas y las izquierdas tradicionales.

47. Barreras cognitivas entorpecen la mirada no sólo de los centros industriales; también—y con particularidad—a los países institucional y económicamente endebles. Al respecto véase el análisis lacerante pero justo de W. Laquer, "Third World Fantasies," *Commentary* (February 1977).